

Mario Latrille

Nada resultaría tan fútil como vestirse de luto, sollozar o caer en profundo abatimiento. Decir hoy: Mario Latrille ha muerto en acción de guerra, resulta tan natural como natural ~~habría sido decir~~ ^{era} decir ayer: Mario Latrille respira. Porque no ha pasado nada que no estuviera previsto y predicho, nada que él no supiera o que nosotros ignoráramos. Pensar, creer y esperar que no le iba a suceder nada, habría sido poner en duda su voluntad de luchar y de aceptar la suerte que la lucha trae consigo.

Cada carta suya era una sorpresa, casi un milagro. ¡Todavía vive! No era cierto, pues, que había muerto en Africa, en brillante acción, u oscuramente, en cualquier parte. Todavía vive... Pero no se puede estar diciendo, eternamente: todavía vive, en momentos en que, de millares, se dice: ha muerto...

Ha muerto, sí, amigos. Mario Latrille ha muerto.

Lo esperábamos todos, es cierto. Estábamos seguros de que ya nunca lo volveríamos a encontrar en las carreteras o los senderos cordilleranos, subiéndolo a Lagunillas o descendiendo a Maitenes por Piuquencillos, lanzando al aire su gran risa sana o su estridente chillido alborozador. Nunca más podríamos contemplar, de cerca y con curiosidad, sobre su desenvuelta cabeza, aquel su sombrero andino, especie de ambulante cambalache, en el que se podía encontrar, prendidos por las manos de sus compañeras, desde una moneda de cinco centavos hasta una aguja con una hebra de hilo blanco. Y una pluma, y un pequeño tenedor... Lo esperábamos todos. Lo esperábamos y ha sucedido.

Nada podemos hacer ya: los milagros no se repiten. En medio del Atlántico, talvez a la vista de tierra francesa, o sobre la arrasada tierra alemana, Mario Latrille, piloto de caza, ha terminado su breve vida. Durante dos años, pacientemente, en Inglaterra primero, en Canadá después, se le adiestró para tal mortal oficio, y una vez adiestrado y en posesión de todo su valor y de toda su fuerza, partió y fué muerto.

Nada más. Sueños, recuerdos, nostalgias de la montaña chilena, íntima

fraternidad brotada en una noche de tormenta... Aun me parece que lo veo,
en el camino del Colorado, bajo la lluvia, rotos los zapatos montañeses,
bailando de orilla a orilla, entre el río y el cerro: Mono Latrille.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©